

Embajada en Washington

Ambigüedades Diplomáticas

POR LORENZO MEYER

A HORA resulta que la casona que alberga a nuestra embajada en Washington es un sitio peligroso, y no tanto por el barrio en el que se encuentra, sino sobre todo por lo ambiguo que a veces resulta el trato entre nuestro pobre embajador y quienes representan al gran poder del norte.

El senador Hugo B. Margáin, ex embajador en Estados Unidos, acaba de experimentar en carne propia los peligros de esa ambigüedad en que muchas veces debe moverse el jefe de la mansión de la Calle 16 de la capital estadounidense. Esta situación se hace más difícil por la peculiar costumbre de los políticos estadounidenses de dejar constancia en sus memoranda de conversaciones (que van a parar a los archivos) o en sus libros de memorias, de muchas de las informaciones, opiniones o indiscreciones que otros funcionarios les expresaron con carácter confidencial.

★

LA semana pasada, y en este mismo diario, el senador Margáin desmintió un pasaje muy desafortunado que acaba de aparecer en las memorias del pintoresco general Alexander Haig, quien fuera el primer secretario de Estado de Ronald Reagan. Según el general, el 24 de enero de 1981 Margáin y él se encontraron en una cena del club Alfalfa, de Washington. El embajador mexicano —supongo que siguiendo instrucciones— aprovechó esta ocasión para ofrecer a Estados Unidos la posibilidad de establecer contactos secretos con los rebeldes salvadoreños. El general desechó de inmediato y de maneja tajante tal oferta y en cambio reafirmó su propósito de dar una solución de fuerza al problema centroamericano. Ante el contundente rechazo de su propuesta —y según el general— Margáin,

en un acto que parecía reflejar su verdadera posición personal, dio marcha atrás e incluso felicitó a Haig por la firmeza de su posición. El senador Margáin niega rotundamente que esta última parte de su conversación con Haig haya tenido lugar, y asegura que al general le falló la memoria o mintió.

Puede ser que nuestro antiguo embajador esté en lo cierto. De todos modos, de no ser así, no sería la primera ocasión en que un diplomático mexicano expresara ante funcionarios extranjeros una opinión contraria a la posición oficial de México. De acuerdo con lo asentado hace tiempo por Summer Welles, subsecretario de Estado estadounidense, el general y doctor Francisco Castillo Nájera, entonces embajador nuestro en Washington, le confesó tres días después de la expropiación petrolera de marzo de 1938 que él estaba en contra de tal medida y que esperaba que el general Cárdenas diera marcha atrás. Afortunadamente esto nunca ocurrió.

★

EN realidad, el tipo de opiniones atribuidas a Castillo Nájera o a Margáin no deberían sor-

prender a ningún estudio de las relaciones internacionales. Bajo ciertas condiciones resulta natural e incluso necesario que un embajador trate de ganarse y mantener la buena voluntad de los funcionarios del país al que fue enviado, pues sólo así puede ser un intermediario eficaz y al que no se le cierran las puertas. Una manera de lograr esta buena voluntad puede ser la de disociarse discretamente, en ciertos momentos difíciles, de la posición oficial de su país y, en cambio, expresar de manera confidencial cierta comprensión y simpatía por la política adoptada por el país en que se encuentra. Claro está que esto tiene sus peligros, pues alguien puede llegar a calificar tal actitud como deslealtad, pero son gajes del oficio.

No se crea que este tipo de ambigüedad es monopolio de los débiles ante los fuertes. Para ganarse la confianza de Calles, el embajador de Estados Unidos, Dwight Morrow, consideró necesario adoptar una posición que molestó profundamente a las compañías petroleras estadounidenses en México, al grado de decirse traicionadas. El sucesor de Morrow, el anciano y jovial Josephus Daniels, llegó incluso a desobedecer a su secretario de Estado al negarse a entregar a Cárdenas una nota diplomática relacionada con la expropiación petrolera y que contenía amenazas para México. La desobediencia de Daniels tuvo por objeto continuar manteniendo una relación positiva con Cárdenas, y sólo su amistad con el Presidente Roosevelt lo salvó de ser removido de su cargo.

En resumen, este negocio de la diplomacia es por naturaleza muy ambiguo. Más que en otras áreas, aquí se considera que el fin tiende a justificar los medios. En mi modesta opinión el senador Margáin no gana mucho al concretarse a negar lo que Haig afirma, pues a fin de cuentas todo se resume en poner la palabra de uno contra la de otro. Creo que sería más fructífero, en cambio, que el senador Margáin nos dijera si consiguió cumplir correctamente con la misión que le encomendaron sus superiores. En este caso, si el fin se logró, los medios poco importan... Y la moraleja para lo futuro: "No digas a los estadounidenses nada de lo que te puedas arrepentir más adelante... pues todo lo escriben".